

tivos agudos o cultistas: fatal, plácido, frugal, mortal, arcádico, níveo, áureo) y de un orbe verbal con remotas resonancias del reino azul de los cuentos infantiles y del país de la imaginación (prodigios, encantadores, fantasmas, tribu, corsarios, barbarrojas, sirenas, espectros, tesoros, clave secreta, princesa, juguete, arca, reliquias, talismanes, pirata, milagros, dones) hasta el vocabulario de la cotidianidad (trajín, arroz aliñado, práctico bolsito, gallo, agua, café, flor, jubilado, perro, alero, llama, maleta, documentos, recibos fechados, zapatos, bicicleta, pelota, botella, vecino, brea, níspero, lagartija, hormigas, sandalias) y los signos distintivos de la edad de hierro (esqueleto, contrato, comerciante, chucherías, cuentas, aviones, abogados, esmog, automóviles, tuerca, traición, máquina, metal, hormigón, humo, hollín, autopista, cromosoma, neutrones, electrones).

Al mismo tiempo que Silvera se apropia de un lenguaje singular, revela y fortalece sus nexos con una tradición regional que se consolida día a día en el panorama nacional: la poesía del Caribe colombiano. Ciertos temas y símbolos de la poesía de Silvera intercambian sus irradiaciones y hechizos con los de otros poetas caribeños colombianos: la casa y sus habitantes —padre, madre, abuelos— presentes en M. Delmar, H. Rojas H., A. Miranda, J. Manrique A., R. Gómez J., J. García U., R. Bustos, T. Flores, M. A. López; los pájaros y las reminiscencias del paraíso en G. Quessep y G. Tatis; la lluvia y sus pasadizos de acceso al tiempo primordial en J. Mattos O.

Libro complementario de *Mi sombra*, *Edad de hierro* confirma no sólo la calidad poética de Antonio Silvera, sino que señala una evolución significativa en su obra. Pese a sus momentos perdurables (*La casa*, por ejemplo), *Mi sombra* es todavía fruto espontáneo, como lo revela su yo por momentos desorbitado, romántico. En *Edad de hierro* se revela un mayor conocimiento del oficio y del orbe cultural que lo rodea que se manifiesta en algunos cambios

significativos, plenos de posibilidades. El yo poético, minimizado, se vuelve cronista, paseante solitario, un habitante más de la ciudad; el regreso parcial, no sin libertades, a ciertos moldes tradicionales del lenguaje poético para provocar el extrañamiento y convocar el encantatorio ritmo primordial, pese a sus logros limitados, no deja de ser una intuición válida y prometedora. La elevación de los personajes a la categoría de figuras míticas constituye un salto cualitativo. Asimismo el paso del desencanto y la depresión paralizantes, y de la renuncia a las armas de la imaginación a la afirmación del mundo, catastrófico quizá, pero lo único con que contamos, además del frágil maderamen del poema, garantizan la supervivencia de una vocación y la confianza en la producción continuada de un poeta que tiene mucho por decir y que ya ha empezado a hacerlo con suficiente propiedad.

ARIEL CASTILLO MIER
Profesor, Universidad del Atlántico

La humana poesía

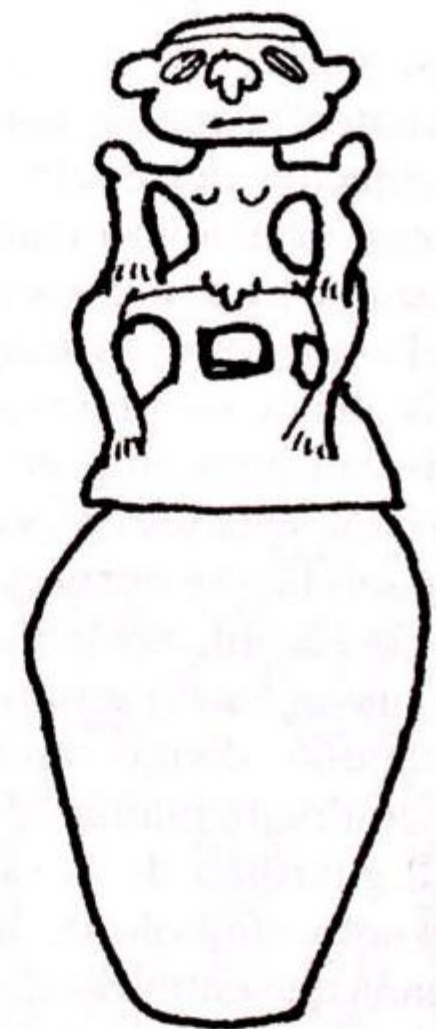
Mi cuerpo y otros poemas

Jaime Manrique Ardila

Casa de Poesía Silva, Bogotá, 1999,
64 págs.

Gombrowicz, en un discurso que pronunció en la Argentina y que se recogió en sus *Diarios*, embistió contra la que él denominaba “la poesía pura”, contra el exceso de poesía y contra los poetas en general. Criticaba, entre otras cosas, que el lenguaje poético se haya vuelto tan técnico, que “el poeta no toma como punto de partida la sensibilidad del hombre común, sino la de otro poeta”, que haya un exceso de metáforas y de grandiosidad, y que, en suma, el arte se haya vuelto un fin en sí mismo y no un medio que ayude a los hombres a comunicarse en-

tre sí. Esta denuncia, sin pensarlo mucho, parece, al menos, legítima, pues sin duda no hay arte más orgullosamente autocomplaciente que la poesía. Y, más allá de ser sólo legítima, podría ser muy pertinente en estos tiempos solitarios. Si la comprensión del lenguaje y la destreza verbal que han alcanzado los escritores no sirven para acercarnos un poco los unos a los otros, tal vez sea prescindible este ejercicio, tal vez la musa trae sólo artefactos inservibles. Y es en este sentido en que me parece valiosa la poesía de Jaime Manrique. Porque nos recuerda que es por medio de las palabras que, muchas veces, es posible aproximarnos a la experiencia de otro y así, otras tantas veces, encontrarnos a nosotros mismos gracias a él. No es suficiente ver nuestra imagen reflejada en el espejo del lenguaje y congratiamos ingenuamente con la vieja idea que tenemos de nosotros mismos.



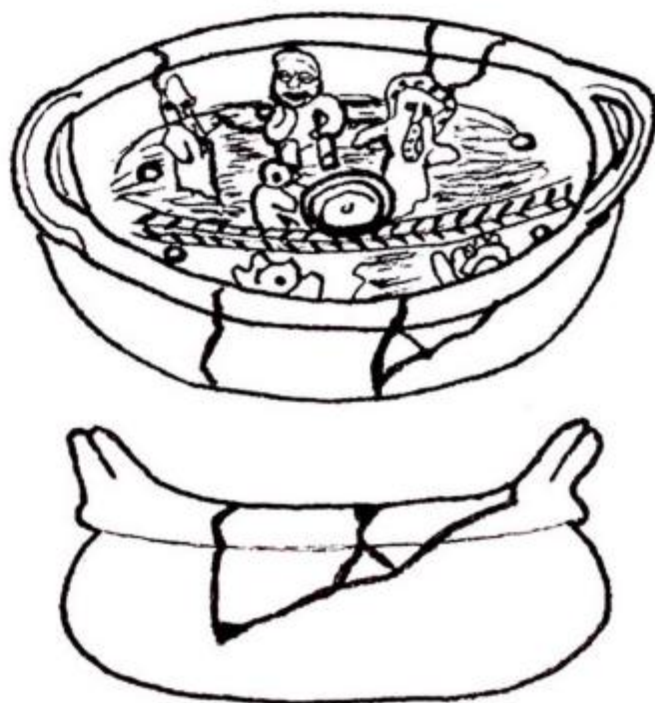
En 1975, Jaime Manrique obtuvo el primer premio en el segundo concurso nacional Eduardo Cote Lamus, con un libro titulado *Los adoradores de la luna*. El libro está constituido por una primera parte con poemas del propio Manrique, y una segunda parte (*Matrimonios e infidelidades*) con traducciones suyas de poetas de lengua inglesa: Silvia Plath, Ted Hughes, Adriene Rich,

John Berryman, entre otros. En un primer momento, es al menos extraño que se presenten traducciones como parte de un libro propio. Pero el atrevimiento, si se piensa un poco en él, se comprende y se festeja. Primero por una razón obvia: la traducción es necesariamente una creación; hacer una traducción libre de un poema es escribir un poema llevado de la mano de la sensibilidad de otro (alguien que no recuerdo afirmaba que "escribía traducciones"). Y por otra razón más enrevesada pero no menos cierta: sus traducciones, que permiten ver sus influencias, guardan una asombrosa unidad con los poemas de la primera parte. Es en cierto modo un acto de justicia poética: destapar frente al lector las cartas de sus influencias y demostrar todo lo que se ha enriquecido con ellas el mundo poético propio. Porque, sin duda, ya existe en este primer libro un mundo poético personal, sólido, ganado. Jaime Manrique tomó de la poesía del inglés esa manera de apropiarse del mundo a través del lenguaje: escribir más de presencias, de cuerpos concretos, que de esencias y cosas que se escapan.

Con el primer libro, el camino ya estaba trazado. Escribió cuentos (*El cadáver de papá*), reseñas de cine, dos libros de poemas más, novelas en inglés y más recientemente un libro autobiográfico y semblanzas de escritores ilustres (*Maricones eminentes*). Y, finalmente, veinticuatro años después, con *Mi cuerpo y otros poemas* consolidaría esta tendencia de adueñarse del mundo y con él de sí mismo. Y es quizá por esto que en la solapa del libro se afirma, acaso con excesiva audacia, que la poesía de Jaime Manrique es poesía norteamericana escrita en español. Yo creo que es poesía colombiana escrita en español.

Son apenas veinte poemas, y los temas que abarcan se enlazan unos a otros y son de fácil enumeración (los poetas más o menos siempre hablan de lo mismo): el cuerpo o la embriaguez del amor; el paisaje cambiante de las estaciones o el paisaje de la luna o de la ciudad; el paso del tiempo; la experiencia iluminadora

de la poesía; la súbita conciencia de la muerte; las mujeres. Los temas, muchas veces, se encuentran entrelazados. En un poema, por ejemplo, asimila el amor a la capacidad creadora de la poesía: "Todo en la naturaleza existe / antes que tú y yo existiéramos, / pero estas líneas no existirían sin ti" (*Poema para ti*). O habla del amor únicamente: "No pido sino escuchar / tu voz / para que se abran todas las puertas / y ventanas y aires cálidos y frescos / ventilen mis recintos mustios; / no pido sino sostenerte / desnudo / en mis brazos, mis labios adorando / tu piel / que me alimenta" (*Llamadas que no llegan*). O reúne todo en una estrofa: "En este instante / en la cara oscura de la tierra / un enamorado sueña / con su amado / un gato con una paloma / un niño con la llave / que abrirá la puerta de la fantasía / y lo convertirá en poeta" (*Poema del instante*).



Sin embargo, tal vez no sea tan importante resaltar los temas (tanta mala poesía se escribe con las mismas palabras) sino destacar la naturalidad, la frescura, con que están tratados estos temas. Y también mostrar, o más bien afirmar, que es uno solo el hombre que escribe estos poemas, que son las experiencias de un único hombre las que nos enseña este libro, y que éste es su gran mérito. Fernando Pessoa definió al clásico como aquel que sabe expresarse a sí mismo. Y Jaime Manrique logra que cada poema armonice con el resto del libro porque todos los poemas tienen la misma música, la misma espontánea cadencia, así hable de la angustiosa espera del amor, de la desola-

ción de la muerte, de su fidelidad a la poesía, o hable con afectuosa ironía de las mujeres: "Sin las mujeres no existirían / los placeres burgueses: / ellas inventaron las almohadas, / las sábanas limpijas y las recetas— / las feministas añadirían / que el cálculo y la trigonometría" (*Las mujeres*).

Y Jaime Manrique consigue este triunfo de que sólo hable su propia e íntima voz en sus poemas, con la justa medida entre (volviendo a Gombrowicz) los episodios (de los que hablaba Borges) que permiten que en el retrato de un hombre se identifiquen todos los hombres y la deuda (y consiguiente devoción) por la poesía que el último (y más breve) poema del libro expresa así: "El misterio de la poesía / según Stephen Crane / consiste en que un hombre / puede dirigirse al universo / y el universo / le contesta" (*Poesía*).

FREDDY ORDÓÑEZ

Un tono que reconcilia la historia con la vida

Memorias de Alexander de Brucco
Winston Morales Chavarro
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2002, 80 págs.

Los premios de poesía en Colombia han venido cumpliendo, casi por obligatoriedad, con la misión de editar libros de poemas, y especialmente, de dar a conocer autores con propuestas de escritura novedosas. En vista del abandono total en que las editoriales comerciales han dejado a la poesía, con arreglo a la premisa clara —y cierta— de que la poesía no se vende, cada vez se hace más difícil encontrar en el mercado, dentro de la oferta editorial, libros de poemas para leer y comprar.

Gabriel Zaid, en su ensayo titulado *Los demasiados libros*, dedica unas pocas páginas para hablar del proble-